

Pregã³n de 2001. SuÃ¡rez-GalbÃ¡n Guerra

miércoles, 17 de octubre de 2007

Modificado el martes, 17 de febrero de 2009

PREGã³N DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DE 2001

Por D. Eugenio SuÃ¡rez-GalbÃ¡n

GuerraAcaso le extraÃ±e a mÃ¡s de uno

que yo tenga la osadÃ-a de autonombrarme vuestro compueblano habiendo nacido y habiÃ©ndome criado fuera. Y no es sÃ³lo que nunca me he sentido extranjero aquÃ-, sino que GuÃ-a siempre ha sido una constante en mi vida, una presencia, si no siempre fÃ-sica, sÃ- siempre real por cuanto sabemos que no sÃ³lo del pan vive el hombre, que el ser humano es algo mÃ¡s que materia. Yo nunca lleguÃ© a GuÃ-a: siempre he vuelto, como se vuelve al mundo perdido de la infancia que todo regreso intenta en vano recobrar, pero que, no obstante, se vuelve a soÃ±ar. Tan asÃ- que recuerdo que en una ocasiÃ³n me propuse poner a prueba esa misteriosa sensaciÃ³n de regreso apareciendo en GuÃ-a sin anunciÃrselo a nadie.

PREGã³N DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DE 2001Por D. Eugenio SuÃ¡rez-GalbÃ¡n Guerra

Ilmo. Sr. Alcalde D. Fernando BaÃ±olas BolaÃ±os, Escama. CorporaciÃ³n de Santa MarÃ-a de GuÃ-a, Sr. Concejal de Cultura D. Erasmo Quintana, queridos amigos, compueblanos y familia:

Acaso le extraÃ±e a mÃ¡s de uno que yo tenga la osadÃ-a de autonombrarme vuestro compueblano habiendo nacido y habiÃ©ndome criado fuera. Y no es sÃ³lo que nunca me he sentido extranjero aquÃ-, sino que GuÃ-a siempre ha sido una constante en mi vida, una presencia, si no siempre fÃ-sica, sÃ- siempre real por cuanto sabemos que no sÃ³lo del pan vive el hombre, que el ser humano es algo mÃ¡s que materia. Yo nunca lleguÃ© a GuÃ-a: siempre he vuelto, como se vuelve al mundo perdido de la infancia que todo regreso intenta en vano recobrar, pero que, no obstante, se vuelve a soÃ±ar. Tan asÃ- que recuerdo que en una ocasiÃ³n me propuse poner a prueba esa misteriosa sensaciÃ³n de regreso apareciendo en GuÃ-a sin anunciÃrselo a nadie. Tanto tiempo habÃ-a transcurrido desde mi Ãºltima visita a Canarias, que al preguntar en Gando por un pirata que me trajera a GuÃ-a, el hombre me mirÃ³ sorprendido y simplemente me dijo: â€œmi niÃ±o, Ã¡jya los piratas no existenâ€•!

Supongo â€œcuriosamente, no lo recuerdo ahora- que me trajo una guaguita pequeÃ±a o furgoneta. Y quizÃ¡ no lo recuerdo porque la memoria es selectiva, y hoy me devuelve sÃ³lo mi empeÃ±o de entonces de ir constatando los lugares que yo escasamente conocÃ-a, y que sin embargo reconocÃ-a, y hasta anticipaba durante el trayecto de Las Palmas a GuÃ-a: una curva cualquiera, la casa de verano de mi tÃ-a Juan Aguilar en San AndrÃ©s, la Cuesta de Silva (donde mi tÃ-a GeÃ±o perdiÃ³ los frenos una vez y salvÃ³ la situaciÃ³n arrimando el coche al lateral rocoso de la carretera, iluminado en ese momento sin duda alguna por las oraciones de su esposa y mi queridÃ-sima tÃ-a Ana MarÃ-a), el drago al borde de la vÃ-a, el lugar exacto donde aparecerÃ-a, ya sin bruma y siempre imponente, el Pico de la Atalaya. Misteriosamente, en efecto, yo volvÃ-a, pero no con la sensaciÃ³n de regresar simplemente a mis raÃ-ces, sino de sumergirme de nuevo en un sueÃ±o que en el pasado habÃ-a sido realidad.

Pero no vengo a hablar de mÃ- hoy, sino mÃ¡s bien de los guenses que me han marcado, y a quienes debo principalmente mi amor por este pueblo, y el orgullo que siento por mi sangra canaria.

PermÃ-taseme, no obstante, alguna anÃ©cdota personal reciente que resulta ilustrativa de esa constante presencia en vida de GuÃ-a y de Canarias, presencia que no vacilarÃ-a en calificar de obsesiÃ³n si este tÃ©rmino no resultara ser indicio de algÃ³n mal. Y aunque parezca que estoy contradiciendo y recurriendo descaradamente a la antigua artimaÃ±a retÃ³rica de anunciar lo que voy a hacer para continuar a hacerlo, tÃ©ngase en cuenta que GuÃ-a me ha llegado, y tan hondamente, a travÃ©s mÃ¡s que nadie y que nada de esos dos guenses, uno de los cuales, de hecho, nunca conocÃ-, y asÃ- que a ellos estÃ¡ subyugada cualquier anÃ©cdota que voy a contar. Por lo mismo, mi amor por esta ciudad y este pueblo siempre, de alguna manera u otra, se remonta a estas dos personas por el momento permanecerÃ¡n en el anonimato para asegurarme de que, al menos por el momento tambiÃ©n, nadie se me duerma. Antes de continuar con la anunciada anÃ©cdota, me apresuro a aÃ±adir, sin embargo, que si la mayor fuente de mi amor y admiraciÃ³n por GuÃ-a brota de esas dos personas, ese manantial ha sido constantemente aumentado a travÃ©s de los aÃ±os, y no obstante las ausencias, por tantos familiares y amigos cuyo cariÃ±o ha aumentado a su vez esa misma sensaciÃ³n de regresar siempre a un sueÃ±o que fue real.

Paseando yo por las calles de La Habana un dÃ-a del pasado mes de marzo tras una intensa jornada de trabajo, al levantar la vista me hallo, sin habÃ©rmelo propuesto, frente a la sede de la AsociaciÃ³n Canaria de Cuba â€œLeonor PÃ©rez

Cabreraâ€•. Un freudiano dirÃ­a que mi subconsciente me guiÃ³ allÃ­, pero mÃ¡s atractiva, y hasta poÃ©tica, se me antoja la explicaciÃ³n que sin duda darÃ­a mi madre (q.e.p.d.): la Virgen de GuÃ­a fue la que ahÃ­ te guiÃ³. El caso es que al entrar y comunicarle a la recepcionista que yo venÃ­a de Madrid, de cuyo Hogar Canario soy miembro, asumiendo ya la buena mujer que yo, precisamente criado en un barrio de La Habana, era canario cabal, me interrumpe para excusarse porque el presidente â€œCarmelo GonzÃ¡lez Acosta- estaba reunido, pero que me recibirÃ­a el vicepresidente (LÃ¡zaro Rivero GalbÃ¡n, con la misma be que tambiÃ©n sustituyÃ³ la uve de mi apellido en Cuba, por cierto). En efecto, apareciÃ³ momentos despuÃ©s el vicepresidente, no sin antes haber movilizao al camarero del bar para que me sirviera lo que me apetecÃ­a. Le explico mi complicado caso de canario-cubano-neoyorquino, el cual caso resumiÃ³ unos minutos despuÃ©s al presentarme al presidente de la siguiente manera tan original: Â¿â€œEste es un seÃ±or tan canario que naciÃ³ en Nueva York, se criÃ³ en Cuba, lo llevaron a Canarias de niÃ±o, volviÃ³ a Nueva York y lleva veintisÃ©is aÃ±os en Madridâ€œ!

Dos casualidades canarias mÃ¡s me acontecieron durante este viaje: acompaÃ±aba yo a un grupo de un museo de arte y sabido es que el Cementerio de La Habana es una visita obligada por la enorme y valiosa cantidad de escultura que ahÃ­ se encuentran. AÃ±os antes, habÃ­a participado en un congreso literario que incluÃ­a una peregrinaciÃ³n literaria para visitar la tumba del escritor Lezama Lima. Largo tiempo busquÃ© infructuosamente la tumba de mi abuelo, Luis SuÃ¡rez-GalbÃ¡n. En esta ocasiÃ³n, falto de tiempo, habÃ­a desistido de reanudar la bÃºsqueda, cuando un seÃ±or del grupo me pregunta por mi apellido, y acto seguido me guÃ­a â€œnunca mejor pronunciado el verbo- a la tumba de mi abuelo. De nuevo, no puedo evitar pensar que la Virgen de GuÃ­a y la poesÃ­a me rondaban en ese momento.

Finalmente, y para terminar con este reciente viaje, celebrando una cena en un antiguo palacio de la bella ciudad de Cienfuegos, se nos invita a subir a la azotea para contemplar la vista. EntablÃ© conversaciÃ³n con un empleado, quien al enterarse de mi origen doblemente isleÃ±o, me comunica que una amiga suya estaba a punto de partir para Canarias en unos dÃ­as. Â¿â€œA cual islaâ€œ?, pregunto. â€œGran Canariaâ€œ, me contesta. Â¿â€œLas Palmasâ€œ?, conjeturo, mÃ¡s que p. â€œNoâ€œ, viene la respuesta, â€œes un pueblo que se llama Santa MarÃ­a de GuÃ­a. Â¿Lo conoceâ€œ? Estoy seguro que ha cronista Pedro GonzÃ¡lez Sosa le hubiera perdonado, como yo, el haber revertido a GuÃ­a a la condiciÃ³n de pueblo, tanta fue la emociÃ³n que sentÃ­ en ese momento al ver mis dos patrias tan hermanadas y presentes por otra bella casualidad.

El buen seÃ±or quedÃ³ en intentar comunicarse con su amiga para que fuera a desayunar en el hotel, pues yo tenÃ­a que regresar a La Habana temprano la prÃ³xima maÃ±ana. No apareciÃ³. Pero no pierdo la esperanza de duplicar en GuÃ­a la casualidad de Cuba. AsÃ­ que si alguien conoce a una cubana llegada de Cienfuegos, dÃ­ganle por favor de mi parte que tenemos un desayuno pendiente

PodrÃ­a continuar relatando anÃ©cdotas relacionadas con GuÃ­a que me han ocurrido, y que se me antojan muchas veces, si no milagrosas, entonces ciertamente maravillosas, como cuando en pleno Nueva York, desempeÃ±ando la enseÃ±anza en la universidad, un alumno me trae un recado del director del departamento de filologÃ­a hispÃ¡nica para que acuda a su oficina despuÃ©s de clase. No era la primera vez que se me solicitaba para ayudar a algÃºn hispano parlante a rellenar algÃºn formulario, o simplemente para indicarle alguna oficina del gobierno donde podrÃ­an atender sus necesidades, aunque sÃ­ me extraÃ±Ã³ que no hubiera nadie en el departamento en ese momento que pudiera llevar a cabo esta tarea. ResultÃ³ ser un marinero mercante espaÃ±ol que habÃ­a decidido quedarse en tierra, un muchacho nada menos que del barrio de San Roque, que al ver mis apellidos en la puerta de mi oficina, insistiÃ³ mediante seÃ±as y gestos que se me llamara. Pero mÃ¡s que quedarnos en anÃ©cdotas, insisto en que mejor me parece encausar mis palabras y esas anÃ©cdotas a destacar la importancia que sobre mi persona han dejado esos dos guiones, pero no por lo que a mi persona respecta, sino como ejemplo del valor humano y cultural que puede transmitir la personalidad y la vida de nuestros antepasados.

Alguno ya habrÃ¡ adivinado que los dos guiones a los que me he referido son mi madre y mi abuelo paterno. Cuando afirmo que yo me criÃ© en GuÃ­a a seis mil kilÃ³metros de distancia simplemente estoy diciendo que mi madre nunca olvidÃ³ su pueblo. Mi prima, MarÃ­a Mercedes, recordarÃ¡ sin duda alguna el retrato de la Virgen de GuÃ­a que siempre adornÃ³ el armario de mi madre. Para mÃ­ la Virgen ha sido siempre esa imagen guinense. A la edad de cualquier niÃ±o criado en GuÃ­a, ya yo conocÃ­a el cÃ³lebre milagro de la estatua que los bueyes no pudieron arrastrar mÃ¡s allÃ­ del lugar guinense seÃ±alado. Antes de que me trajera por primera vez a GuÃ­a - Â¿hace ya cincuenta y un aÃ±os!- ya yo conocÃ­a a don Bruno, ya yo sabÃ­a cÃ³mo era el campanario de la iglesia, que mi tÃ­a Nati hablaba inglÃ©s, y que a mi tÃ­a Manola la reconocerÃ­a enseguida por su cabellera roja, que GÃ¡ldar (de donde, por cierto, procedÃ­a mi bisabuelo paterno, MatÃ­as SuÃ¡rez RodrÃ­guez) no era GuÃ­a, ni muchÃ­simo menos, Â¿no te confundas, muchacho! sabÃ­a, ademÃ¡s, los nombres de las fincas de mi abuelo Fernando y que en una se cultivaba plÃ¡tano, y en otra frutales que no acababan de dar fruta. Y hasta sabÃ­a que el caballo de mi abuelo materno, que llegarÃ­a a montar de niÃ±o, era de color grisÃ­ceo. Luego, lo que mi madre no me contaba, me lo contaba mi tÃ­a ToÃ±y, aquella bella mujer que, con el permiso de mi tÃ­o Marino, enloqueciÃ³ a tantos cubanos que â€œcariÃ±osamente, y con el respeto que sÃ­lo es concebible dentro de cierto relajao cubano â€œla apodaron â€œel pichoncito canarioâ€œ.

Por otro lado, tambiÃ©n es verdad que la historia ha bendecido a dos pueblos uniendo de manera hasta hoy indisoluble Canarias y Cuba. â€œCuba y Canarias: dos pueblos, un solo corazÃ³nâ€œ reza acertadamente el lema del escudo de la AsociaciÃ³n Canaria de Cuba. Luego, Â¿no es cierto tambiÃ©n que existen afinidades entre dos pueblos que son justamente quizÃ¡ las que explican esos lazos tan entrelazados?, si me perdonan la redundancia. Pero supuesto que el

hombre es historia, y de alguna manera la historia canaria encaja con la cubana y viceversa, acaso más que lo que ocurrió en otras tierras. ¿Me ciega mi parte y patriotismo cubano? Recuérdese que fueron la actual República Dominicana y Haití, la antigua Hispaniola, el original centro de la Conquista. Desde ahí partían las naves hacia otras tierras y nuevas colonizaciones, y fue ahí donde se establecieron las dos primeras universidades americanas. Incluso, podría argüirse -y se ha argüido- que hasta fines del XVII y comienzos del XVIII no empieza a ceder La Hispaniola esa su posición privilegiada a la mayor de las Antillas. Es más, también el mismo Puerto Rico, al hallarse a la entrada del Caribe, con todo y ser relegado fundamentalmente a una estrategia militar -o acaso precisamente por ello- parece revestir mayor importancia que Cuba en un momento dado. Fue desde allí, y no desde la próxima Cuba, desde donde partió la expedición de Ponce de León que terminó en la conquista de la Florida, cuando los indios de Boriquen, para librarse del conquistador -al menos, eso afirman ciertos historiadores-, le convencieron que allí, en la Florida, se encontraba la fuente de la juventud. A las tres islas antillanas llegaron canarios, y muy tempranamente. En Puerto Rico, tierra de mi esposa, he probado un maravilloso gofio -canario, de millo, naturalmente- que me brindaron los descendientes de canarios arribados a principios del siglo XIX. Sin embargo, creo que pocos discutirán que ha sido Cuba donde lo canario ha calado más hondamente. Y si Venezuela llegaría a rivalizar con Cuba en este sentido, esa honra le tocaría después. Ya que la literatura ha sido para mí, más que un modus vivendi, un modo de vivir embellecido, me vais a permitir recordar ahora que cuando la literatura canaria en castellano estaba aún en lo que quizá podría llamarse el último esplendor -y sin duda el más brillante- de su lento alba que había despuntado siglo y medio antes don las Endechas a Guillón Peraza, ya en Cuba un canario iniciaba la literatura de esa isla a comienzos del siglo XVI. Recientemente, un crítico cubano ha puesto en duda dicha primacía del Espejo de paciencia de Silvestre de Balboa, alegando que más que cubanizar el canario Balboa su mundo literario, los cubanos lo cubanizaron a él en un momento (siglo XIX) en que la isla forjaba su identidad nacional-literaria, para lo cual, innecesario es decir, una épica venía al pelo. Luego, que un canario se cubanice con tanta facilidad, y que su obra permanezca como característica en tantos sentidos de la literatura que se seguirá desarrollando en Cuba, ya de por sí pone en entredicho la última validez de cuestionar la nacionalidad literaria de esa obra. Como si una obra, y más si escrita en la misma lengua, no pudiera pertenecer simultáneamente a dos literaturas.

Sin menospreciar, ni mucho menos, la importante contribución también de nuestros hermanos gallegos, hay que reconocer, no obstante, que fue no sólo posterior a la canaria, sino asimismo procedente de una región de España que no admite comparación con la canaria por sus afinidades con el entorno geográfico, social e histórico de Cuba, como recuerda, de hecho, el crítico literario Lázaro Santana para explicar precisamente porqué fue un canario el iniciador de la literatura cubana. Sin duda esta mayor afinidad entre cubanos y canarios explica también porqué el término gallego se convierte en Cuba en metonimia de español para todos los españoles, menos para los canarios, que aún reciben el fraternal calificativo de isleños.

Precisamente un gallego (de verdad, de la propia Galicia), Cándido del Río, y un isleño, Luis Suárez Galván, ambos hombres, se encuentran un buen día en Cuba y realizan una de esas raras epopeyas que vienen a reforzar mitos y leyendas de la emigración. Porque si es verdad que la historia la escriben los vencedores, también lo es que de la emigración suelen recordarse demasiadas veces sólo los triunfos, salvo en estudios especializados cuyas estadísticas desmienten las fábulas y ficciones de calles pavimentadas de oro. De ningún modo escuché también historias fantásticas de hombres que se lanzaban sin más a la aventura (de aquel lejano pariente, por ejemplo, cuyo nombre ahora no puedo recordar, que bajó un día a Las Palmas, y ahí mismo decidió de golpe vender su caballo por el precio de un pasaje a Cuba, a donde fue a parar sin más también, aunque enviando un recado a su esposa que se iba de viaje). Que los isleños en general, y el canario en particular, tengan un carácter aventurero, bien puede ser, aunque quizá el refrán de a la fuerza ahorcan es lo que mejor explica la fiebre emigratoria que asoló a Canarias durante la segunda mitad del XIX, y que en lo que a Guá-ga respecta, quedan tan exactamente documentada en la obra de Pedro González Sosa. Y su hermano, Manolo, una vez me contó que otro antepasado mío, Salvador Guerra -personaje estrafalario y pintoresco que ha regalado leyendas por Canarias y Cuba- de ningún modo jugaba a lanzarse al mar en una barquilla con otros amigos rumbo a Cuba, y en una ocasión al menos tuvieron que ser rescatados por las autoridades marinas. Aun así, ¿qué duda cabe que casos como el descrito por Andrés Navarro Torrent en su Diario representan a la postre una clara minoría? ¿Cuántos, como Navarro, pudieron darse el lujo de abandonar profesión y vida acomodada en búsqueda de una fortuna aún mayor de la que gozaba? Si algo típico hay en ese diario es el resultado final de la aventura emigratoria, pues si su caso es excepcional por haberse lanzado a la aventura sin necesidad aparente, a la postre, sin embargo, esa su aventura se hace pareja a la de tantos que como Navarro encontraron desilusión y engaño al final del camino.

Este, ciertamente, no fue el caso de Luis Suárez Galván: empezó pobre como casi todos y terminó rico como pocos. De mi abuelo, quien muriera veintidós años antes de nacer su último nieto que hoy les habla, sólo lo que he podido leer en unas breves memorias que escribió para su nieto mayor, así como por un libro que trata de canarios en Cuba que le dedica un capítulo, y otras memorias breves que compuso uno de sus socios, Heriberto Lobo, para el acto que celebraba su jubilación justo ese mismo año de 1.938 que me vio nacer. Gran parte de ese discurso reproduce las palabras dedicadas a Luis Suárez Galván que en la revista Cuba y Canarias había publicado ya en 1.912 Heriberto Lobo. Completa mi información lo que he podido recoger en conversaciones con personas ya fallecidas que conocieron a mi abuelo. Una curiosa coincidencia lo une a Silvestre de Balboa: también mi abuelo ejerció de escribano, si bien, contrario a Balboa, nunca pudo cumplir su sueño de ser escritor. Su mismo nacimiento estuvo marcado por adversidades, pues el año en que vino al mundo -1.851- azotaba el cólera a Guá-ga. Su madre sufrió la epidemia, a

resultas de lo cual mi abuelo tuvo un desarrollo tardío, no logrando caminar hasta los seis años, y no pudiendo asistir al colegio hasta los nueve. Y a tan temprana edad muestra una feroz tenacidad, superando obstáculo mediante el esfuerzo y el trabajo que le permiten pronto alcanzar el mismo nivel escolar que sus coetáneos. La pobreza le acarrea la que sin duda fue la más grande desilusión de su vida: no poder continuar el bachillerato en Las Palmas, como era la costumbre en Guá en aquel entonces para los que disponían de los medios necesarios. En vez, tuvo que ejercer de aprendiz a los doce años en un taller de zapatería, pero poco después, debido a su buen manejo de letras y matemáticas, el Cabildo Municipal lo empleó como amanuense y ayudante de un agrimensor, ganando una peseta diaria, pasando la semana entera fuera del hogar y pernoctando en cuevas donde se guardaban los alimentos para el ganado. Una vez más, las letras y los estudios le permiten mejorar de situación, y logra colocarse en una escribanía en Guá. Ya para este entonces, entrando mi abuelo en la adolescencia, un tío materno había escrito desde Cuba ofreciéndole una plaza en su pequeño comercio. Mi abuelo ni quería ir a Cuba, ni quería ser comerciante, pero a la pobreza de su situación vino a unirse otro motivo cuyo carácter macabro no deja de encerrar cierta nota humorística debido a unas circunstancias que sus memorias narran con verdadera maestría: aun vacilante respecto a si aceptar o no la oferta de emigrar a Cuba, la escribanía le pide a mi abuelo que redacte un informe sobre una autopsia en el cementerio de Guá, para lo cual era necesario su presencia durante la actuación del cirujano. Ahí mismo decidí emigrar.

Corría el año 1.867, contando mi abuelo quince años y medio, cuando embarcó para Cuba. En vez de cama con sábanas de Holanda, le esperaba un catre en el almacén del comercio que montaba por la noche y desmontaba a la madrugada. Pero si mi abuelo no pudo seguir el camino de las letras que tanto anhelaba, y que de alguna manera llegó a compensar con una intensa lectura, al punto de ganarse la reputación de un hombre de fina cultura, su vida en cambio se tornó novela. Novela realista, a lo Galdós, si se quiere, en determinados momentos, como cuando, al tocar los veinte años, y al decidir el tío materno regresar a Canarias, se encuentra ya mi abuelo a cargo de la empresa debido a su inteligencia y capacidad de trabajo, tal cual uno de esos personajes en los que don Benito veía el porvenir de España. Esa dicha que le permitía aprender de todo, sacarle provecho a la más desventajosa situación, brindaba ya sus frutos. Pero también novela maravillosa, fabulosa, más próxima ahora al realismo latinoamericano.

Recién he nombrado a Cándido del Río. Por otra de esas casualidades de la vida, mi familia tropezó en Madrid hacia años con la descendiente de del Río, relación que nos une hasta hoy. Intercambiando anécdotas, he logrado completar lo escrito tanto por y de mi abuelo. Sin duda lo más llamativo fue el primer encuentro entre el gallego y el canario. Debí ser un domingo, pues mi abuelo cruzaba la Bahía de La Habana hacia el casco de la ciudad como solía hacer cada otro domingo, único tiempo de solaz que le permitían las circunstancias. El negocio de del Río era precisamente el de facilitar el trayecto en su barco a través de la bahía, negocio que floreció hasta permitirle adquirir una pequeña flota. Por lo visto, del Río y mi abuelo entablaron enseguida una sincera amistad, la cual fraguó a algún tiempo después en lo que sólo puede describirse como uno de esos episodios tan maravillosamente novelescos que vuelven a comprobar que la vida, en efecto, puede llegar a superar la ficción. Pues en uno de esos trayectos, Cándido del Río le revela a Luis Suárez Galván que sus años de ardua labor le habían permitido acumular un capital considerable. ¡Oh!, sin embargo, desconocía el mundo de los negocios que mi abuelo ya para ese entonces sabía conocer a las trancas y barrancas en el pequeño comercio de su tío materno. Y hay quien cuenta que el gallego, que como tantos entonces no creía en la blanca, le enseñó a mi abuelo un cofre lleno de dinero. Para mayor maravilla aún, la muerte de su socio gallego años después sumió a mi abuelo en una profunda tristeza, desmintiendo así el típico de la incompatibilidad entre amistad y negocio, pero también brindando un claro indicio de la gratitud que siempre sintió y profesó mi abuelo hacia su socio y amigo. La misma, dicho sea de paso, que aquel otro socio posterior, Heriberto Lobo, alabaría en su discurso de jubilación.

Así, con un golpe de suerte de carácter novelesco, digno de un García Márquez, me atrevo a decir, comenzó la fortuna de Luis Suárez Galván. Y si maravillosa es la anécdota, no menos lo es la humildad de mi abuelo. Porque lo que acabo de contar es lo mismo que cuenta don Luis en sus memorias familiares, y lo mismo que después me contaron los nietos de del Río. Es decir, Luis Suárez Galván, indudable genio empresarial y hombre de negocios admirado por todos, no tiene ningún reparo en admitir que una sonrisa de la suerte le abrió el camino de la prosperidad y el reconocimiento. Y esa humildad, naturalmente, no refleja una virtud aislada, sino que es más bien reflejo de una personalidad y un carácter fundamentalmente éticos. Los hechos vuelven a confirmarlo, no las palabras de su nieto que aquí se limitan a recordar esos hechos.

Que Guá honre la memoria de Luis Suárez Galván con el nombre de una calle y su retrato en el ayuntamiento, habla ya del sentido de la lealtad de mi abuelo. Como también mi madre, mi abuelo jamás olvidó su pueblo, tal que cuando le llegó la fortuna, la repartió generosamente aquí. También en mi reciente viaje a Cuba, al entrar en el Hotel Inglaterra (el mismo, por cierto, en el que se alojó García Lorca durante su estancia en La Habana), descubrí una placa dedicada a Nicolás Estévez, aquel canario, que siendo aún español en aquel entonces antes de consumarse su evolución hacia posturas más radicales, renunció a su carrera militar en protesta por el fusilamiento de unos estudiantes cubanos. Mi abuelo no fue tan dramático. Lo debió pasar mal durante la Guerra de Cuba, aunque sabido es que los canarios fueron mejor considerados en general por la población, y, de hecho, un número de isleños simpatizó con la causa cubana, al igual que otros españoles, entre los que se encontraban, por cierto, los que querían una intervención norteamericana por favorecer sus negocios. Otros, como el propio Estévez, sienten el desgarramiento entre la patria y el derecho a la libertad y la justicia. Y aunque es el silencio la nota predominante en las memorias de mi abuelo durante

este periodo, una acción posterior da a entender a las claras que su corazón debió estar como el de Estévez partido en dos.

Tras la independencia de Cuba, pero durante la primera intervención norteamericana en la isla, debido justamente al ya mencionado reconocimiento del que gozaba mi abuelo como hombre emprendedor y empresario inteligente que ya lo había llevado a la presidencia de la Cámara de Comercio de Cuba (de la que también sería presidente honorífico después), así como a ser miembro de la junta directiva de la institución bancaria de Nueva York que era depositaria del dinero del gobierno cubano, dicha institución le encarga a mi abuelo fundar y organizar el Banco Nacional de Cuba. Acepta, funda y organiza, pero al cabo de un año, en marcha ya el proyecto, renuncia el guineño Luis Suárez Galván al puesto de Presidente del Banco Nacional de Cuba, esgrimiendo justamente su condición de canario, español y extranjero, alegando que no era propio que un extranjero presidiera el banco nacional cubano. En ese momento en que norteamericanos y españoles se reparten el comercio cubano, un comerciante español defiende la justicia y el derecho de los cubanos a regir su destino en materia tan imprescindible como la economía. Lo de menos es que su ejemplo no fue emulado, pues le sucedió otro extranjero al puesto. Lo notable es que don Luis siguió su conciencia una vez más en contra de toda tentación de vanidad y avaricia. Una vez más, porque se trata de la misma rectitud y el mismo sentido de justicia que siempre practicó mi abuelo, cuya generosidad le llevó a repartir fortuna también entre sus empleados, ofreciéndoles la oportunidad de convertirse en socios de Galván y Co. Así como nunca olvidó su pueblo, jamás tampoco olvidó a los que como él no heredaron, sino que forjaron su propia fortuna.

Recientemente se presentó en Londres un bello libro fotográfico sobre La Habana escrito por la nieta de Heriberto Lobo, cuyo apellido pasaré a Galván y Ca., llamándose en adelante Galván Lobo y Ca. Esa empresa que fundó como pequeño comerciante un guineño, José Antonio Galván, el tío de mi abuelo, y que otro guineño, Luis Suárez Galván, convirtió en una multinacional azucarera, pasará a ser tras la muerte de mi abuelo un imperio azucarero que se extendió desde Cuba a Filipinas. Lo cual era del todo previsible al morir mi abuelo, quien ya desde principios de siglo había abierto oficinas en Nueva York, tal era la magnitud de su negocio. En las palabras introductorias de ese libro fotográfico sobre La Habana, sin embargo, no se habla de Luis Suárez Galván, aunque sí de la empresa que él fundó de los restos de aquel pequeño comercio de su tío materno, incluyendo, por cierto, el central azucarero más importante de esa empresa que hasta la fecha lleva el nombre del príncipe guanche Tinguaro que le debió dar mi abuelo, o quizá su socio en honor al canario que le acogió cuando Heriberto Lobo se vio forzado a huir de la dictadura venezolana de Cipriano Castro. Lo digo sin ninguna animosidad, y con total comprensión, pues la autora escribe para honrar la memoria de su padre, el hijo de Heriberto Lobo. Pero además, la ausencia aún del nombre de Luis Suárez Galván resulta del todo consubstancial con su personalidad.

Innegable es que todo escrito autobiográfico responde a una dosis de vanidad. Si a alguien se le ocurriera ahora recordar el caso de Teresa de Ávila, cuyas memorias responden al mandato de su confesor, basta recordar también ahora que era una santa, y por tanto, la obligada excepción a la regla. También mi abuelo tuvo su dosis de vanidad, pero a menos que admitamos que la vanidad puede ser virtuosa en algún momento, tendríamos que decir que en su caso se trata más bien de la satisfacción personal que conlleva cumplir con la justicia y con la solidaridad hacia el prójimo. Porque si de algo se precia Luis Suárez Galván en sus memorias es de haber respondido a todo momento a ese sentido de justicia y solidaridad, a los cuales, de hecho, subyugó esa otra vanidad mundana, ausentándose de honores y reconocimientos, conforme hace constar también su socio Heriberto Lobo en su escrito. Es más, el hijo de Heriberto, Julio Lobo, último presidente de la compañía, bajo cuyo mandato, muerto ya mi abuelo, la casa prosperó inmensamente, en cierta ocasión me expresó la misma admiración por mi abuelo en términos extraordinariamente emotivos. Hombre inmensamente rico, como se podrá imaginar, había viajado por todo el mundo, aunque no a Canarias. Pero tan grande fue esa admiración por mi abuelo, que antes de morir en su exilio madrileño, este empresario cubano viajó a Canarias y a Guía para conocer personalmente la tierra donde nació Luis Suárez Galván en una especie de peregrinación al verdadero origen de todo lo que tanto había significado en su vida de empresario. Y lo más curioso para mí es que este otro gran hombre de negocios, tan poderoso que llegó a influir en la política cubana de su tiempo, no hablaba de la misma capacidad empresarial de mi abuelo tanto como de su admiración por el carácter recto y la personalidad que infundió respeto y admiración de Luis Suárez Galván.

En Cuba y en Canarias, el nombre de Luis Suárez Galván evoca la épica de un emigrante que remando contra viento y marea arribó al puerto de la bienaventuranza. Y aunque sin menospreciar en lo más mínimo esa hazaña, más meritoria aún para él y para todos nosotros es saber que de Guía salió un hombre a quien el éxito con todos sus peligros y tentaciones no pudo privar de disfrutar de esa otra bienaventuranza de los humildes. Hombre sencillo, de Santa María de Guía, que aún muchacho tuvo que emigrar, pero que nunca olvidó la tierra que tuvo que abandonar por tristes circunstancias, porque tampoco olvidó nunca que la tierra propia no se mide por beneficios materiales, sino por el cariño, el calor y la cultura que forman la verdadera fortuna de los hombres sabios.

Si hoy he hablado de dos guineños a los que me unió el destino y la vida con franco orgullo por la sangre guineña que corre por mis venas, repito que ha sido con la intención de poder compartir con todos ese orgullo de nuestros antepasados que tantos valores y riquezas espirituales nos ha legado. Cabal canario, mi abuelo, clara canaria, mi madre, que me inculcaron con sus memorias y su ejemplo el amor a este pueblo que hoy, celebrando el cuatrocientos setenta y cinco aniversario de su fundación, honra a su nieto e hijo invitándole a pronunciar este pregón que yo hubiera deseado cantar con mejor plectro. Bien sabe la Virgen de Guía que jamás como hoy he envidiado a los poetas,

no pecaminosamente â€“también lo sabe la Virgen-, sino sanamente para poder hacer justicia poética a este pueblo, cuna de mi ser aunque no de mi nacimiento. Para compensar por el vacío de mi verbo, usurpo los versos del poeta guiense, Manuel González Sosa, que con la misteriosa maravilla de todo poema me da en el blanco del corazón, expresa mi sentir hoy el mismo que el de su personaje â€œEl Cruzado  al regresar a su pueblo:

Entra en su valle. Absorto detiene el paso.

Canta
Un mirlo entre los  jlamos.
Yo también regreso hoy con el canto del mirlo a postrarme bajo el manto de la Virgen de Santa María de Guía y de los  jlamos de su pueblo, que siempre ha sido el mío

Muchas gracias, y  que viva Santa María de Guía!